

# El Comunicado

DE LA IGLESIA DE DIOS UNIVERSAL



## Respuestas del Génesis

FEBRERO 1979

# ¿QUE HARA USTED EN LA PROXIMA VIDA?

## Conclusión

por Herbert W. Armstrong

**V**AMOS ahora la parábola de Jesús referente a las minas. Los discípulos de Jesús erróneamente suponían que el Reino de Dios habría de aparecer durante su vida. Para corregir este error, Jesús les relató la siguiente parábola.

“... Prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el Reino de Dios se manifestaría inmediatamente. Dijo, pues: Un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino y volver” (Lucas 19:11-12). En otras palabras, Jesús mismo habría de ir al cielo para recibir El mismo un reino, y volver a la Tierra. Continuemos.

“Y llamando a diez siervos suyos, les dio diez minas, y les dijo: Negociad entre tanto que vengo. Pero sus conciudadanos le aborrecían, y enviaron tras él una embajada, diciendo: No queremos que éste reine sobre nosotros” (versículos 13-14). Jesús había venido a “los suyos” — los judíos, el remanente del Reino de Judá — y “los suyos no le recibieron” (Juan 1:11), de manera que Jesús fue “a las ovejas perdidas de la casa de Israel” (Mateo 15:24), y a ellos envió a sus doce apóstoles (Mateo 10:26). Es decir, a las llamadas diez tribus perdidas de Israel.

Pero continuemos con la parábola de Jesús: “Aconteció que vuelto él” — hablando ahora de lo que ocurrirá al retorno de Cristo — “después de recibir el reino, mandó llamar ante él a aquellos siervos a los cuales había dado el dinero, para saber lo que había negociado cada uno” (Lucas 19:15).

Esto se refiere a todos los verdaderos cristianos convertidos, a quienes Dios ha dado una parte de su Espíritu

Santo, y dones espirituales. Todos y cada uno de los que en aquel entonces entren al Reino de Dios como herederos acreditados — como poseedores y ya no más como meros aspirantes — ya entonces “salvos” — serán llamados a rendir cuentas — serán juzgados, para determinar qué puesto les corresponderá en el Reino de Dios. Y usted notará que esta “recompensa” será según sus “obras” durante esta vida mortal.

Prosigamos a los versículos 16-19: “Vino el primero, diciendo: Señor, tu mina ha ganado diez minas. El le dijo: Está bien, buen siervo; por cuanto en lo poco has sido fiel, tendrás autoridad sobre diez ciudades. Vino otro, diciendo: Señor, tu mina ha producido cinco minas. Y también a éste dijo: Tú también sé sobre cinco ciudades”.

¡Observe cuidadosamente! Ellos ingresaron al Reino de Dios por la gracia (como lo afirman numerosas otras escrituras). Pero fueron *recompensados* — es decir, recibieron autoridad, cargo y responsabilidad, según sus “obras” en conformidad a lo bien que usaron aquello que Cristo les proporcionó mientras El estuvo en el cielo; es decir, durante sus vidas cristianas mortales.

Empezando con el versículo 20 del mismo capítulo, aquél que no ganó nada en esta vida mortal — el que no produjo ninguna buena “obra” y no creció en gracia y en el conocimiento de Cristo (2 Pedro 3:18) — no solamente no recibió ningún puesto, sino que aun le fue quitado el don espiritual que le había sido dado. En esta parábola, la mina, que era normalmente el jornal diario de un trabajador, se emplea como símbolo de valor espiritual.

Esta parábola nos enseña lo que ha sido expuesto por otras escrituras: que el cristiano debe vencer; debe crecer espiritualmente — crecer en la gracia y el conocimiento de Cristo. Nosotros somos salvos para poder servir, y si no nos capacitamos para el servicio, quizás perdamos hasta la salvación que creíamos tener asegurada.

Si usted no tiene buenas obras, entonces lo que tiene son malas obras o pecado, el cual le ganará la paga del pecado — ¡la muerte!

La parábola de los talentos (Mateo 25:14-30) muestra la misma cosa, reafirmando que cada uno es juzgado por aquello que recibe y cómo lo pone en práctica. Pero el que no hace ningún progreso espiritual después de su “conversión” inicial es desechado por inútil “en las tinieblas de afuera” (Mateo 25:30).

**La vida es una carrera.** Finalmente, veamos adonde nos conduce todo esto. El hombre es mortal; carece de vida inherente; vive una vida transitoria, física y química.

Dios es inmortal, compuesto de Espíritu, y tiene en sí mismo vida inherente. Al hombre mortal lo creó semejante a su forma exterior, a su imagen, pero compuesto de materia. La vida eterna viene únicamente como una dádiva de Dios; llega a través del don del Espíritu Santo de Dios, que se otorga después de que las *condiciones* previas del genuino arrepentimiento y la fe en Cristo hayan sido fielmente cumplidas.

Pero, una vez que se recibe el don del Espíritu Santo, una vez que uno se ingresa en la vida cristiana, esa vida es asemejada a una carrera en un estadio,

### Volumen 4, Número 2

El Comunicado es publicado por la Iglesia de Dios Universal

**Presidente y Pastor General:** Herbert W. Armstrong

**Redacción:** L. H. White

**Director de Arte:** Tomás H. Williams

**Colaboradores:** Luciano Baltomeo, Cathy Howarth, Dionisio R. Velasco, Donald Walls.

### Dirija su correspondencia a la dirección más cercana:

Apartado Postal 111, Pasadena, California 91123, EE.UU.

Apartado Postal 5-595, México 5, D.F., México

Apartado Aéreo 11430, Bogotá 1, D.E., Colombia

Apartado Postal 1145, La Coruña, España

G.P.O. Box 6063, San Juan, Puerto Rico, 00936

© Worldwide Church of God 1979  
Impreso en EE.UU.

o en una competencia. Debemos rechazar el pecado (y la definición bíblica del pecado es la infracción de la ley de Dios — 1 Juan 3:4). Observe: “Por tanto . . . despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia, y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante” (Hebreos 12:1).

Pablo escribió: “Y esto hago por causa del evangelio, para hacerme copartícipe de él. ¿No sabéis que los que corren en el estadio, todos a la verdad corren, pero uno solo se lleva el premio? Corred de tal manera que lo obtengáis. Todo aquel que lucha, de todo se abstiene; ellos [los inconversos], a la verdad, para recibir una corona corruptible, pero nosotros [los cristianos convertidos], una incorruptible. Así que, yo de esta manera corro, no como a la ventura; de esta manera *peleo* . . . no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado [rechazado]” (1 Corintios 9:23-27).

Debemos *luchar* por vencer. Debemos combatir a la tentación y al pecado. La vida cristiana fue descrita por Jesús como un camino difícil y angosto — no como el camino fácil que lleva a la destrucción. De manera que la salvación — el nacer dentro del Reino de Dios — depende no solamente de recibir por una sola vez el Espíritu Santo, sino de ser guiados por ese Espíritu de Dios a lo largo de nuestra vida (Romanos 8:14), y de que el Espíritu de Dios *more en nosotros*, al momento de terminar la carrera de la vida. Es decir, al momento de la muerte, o del retorno de Cristo, según lo que ocurra primero.

El Espíritu Santo de Dios que nos impregna es recibido por gracia, como don de Dios, no como pago de una deuda o como remuneración por algo que nos hemos ganado; no por “obras”. Pero, una vez que recibimos el Espíritu Santo, éste no permanece estático, como atrapado en una botella, sino que fluye, manifestándose en nuestro genuino interés por los demás, el amor que demostramos hacia nuestro prójimo, y en adoración, reverencia y obediencia a Dios. Fluye hacia nosotros de parte de Dios. Nosotros podemos amar únicamente porque El primeramente nos amó — nuestro amor hacia Dios es únicamente la reciprocidad de su amor, el cual El nos ha dado.

Este amor espiritual — el Espíritu Santo — debe mantenerse en un circuito de doble circulación — cumpliendo la ley de Dios — volviendo a Dios en la forma de obediencia a sus primeros cuatro Mandamientos, y a nuestro prójimo en obediencia a los últimos seis.

La parábola del sembrador y la semilla ilustra esto. Se nos habla de cuatro categorías de personas que escuchan la Palabra. Los de la primera escucharon el mensaje del evangelio, pero no llegaron a germinar — jamás fueron convertidos; quizás aún tengan una oportunidad en el futuro. Una segunda categoría era la de los que llenos de gozo se convirtieron, pero simplemente no había ninguna profundidad en su carácter espiritual, y resistieron sólo un poco de tiempo, cediendo en el fin a las tentaciones hasta que apostataron; es decir, hasta que en forma continua dejaron de luchar. Una tercera categoría la componían aquellos que fueron convertidos, recibieron el Espíritu de Dios, pero permitieron que los afanes de esta vida material — el ganarse la vida, sus amistades no convertidas, el mantener “un pie” en el mundo, el buscar los placeres del materialismo de este mundo — los distrajeran de la meta y “no produjeron fruto”. El cristiano debe *producir* fruto — evidenciar progreso espiritual — desarrollar carácter espiritual. En otras palabras, tener buenas obras.

Demasiados “maestros” hoy en día predicán una *falsa* salvación “sin obras”. Las “obras” que hagan no lo gran que usted se convierta — no le dan acceso al Espíritu de Dios — no le hacen acreedor a la salvación — tal como he tratado de explicar en este artículo. Pero, si usted persiste en su idea de no producir buena obra alguna, jeso puede costarle la salvación!

La cuarta categoría en la parábola son aquellos “que con corazón bueno y recto retienen la palabra oída, y dan fruto con perseverancia” (Lucas 8:15). En el relato que hace Mateo de esta misma parábola, aquellos que finalmente son salvos, persistiendo hasta el final de la carrera de la vida, produjeron fruto — algunos treinta tantos, algunos sesenta y otros cien tantos. ¡Todos ellos fueron salvos! Todos entraron en el Reino de Dios.

Pero aquellos que produjeron cien tantos durante su vida cristiana recibirían una recompensa mayor, un puesto más encumbrado en el Reino, que aquellos que sólo produjeron treinta. La salvación es un don gratuito de Dios que procede de la gracia. Pero el nivel del puesto que ocuparemos, una vez que estemos dentro del Reino — una vez que seamos inmortales — el rango, la categoría, el nivel de gloria — esto es lo que usted debe ganarse, a través de los frutos que produzca en esa vida. ¡Su grado de recompensa será de conformidad con sus obras!

¡Esta es la enseñanza de Dios!

**Debemos producir “fruto”.** No me cansaré de decir que la salvación es un don de Dios — no algo que usted pueda ganar. Pero, una vez que ha recibido el Espíritu Santo de Dios — por gracia — jese Espíritu en usted debe producir fruto!

La Biblia lo explica así: Jesús dice que El es la vid y nosotros somos los pámpanos (Juan 15:1, 5). Se nos asemeja a una vid y sus ramas. Las ramas no se adhieren a la vid por su propio esfuerzo. Nosotros no nos unimos a Cristo, obteniendo su Espíritu Santo por nuestras “obras”, sino que fue obra de El — su don — y provino de su gracia.

Pero, una vez que estamos unidos a El, con la savia fluyendo de la vid a las ramas (una representación del Espíritu Santo de Dios que fluye de El hacia nosotros), debemos producir fruto. Si no lo hacemos, ¿qué sucederá?

Observe el cuadro completo en Juan 15. Dios el Padre es el Labrador — el Cuidador del viñedo — el Vitivinicultor, quien poda las ramas. Ahora observe el versículo 2: “Todo pámpano que en mí no lleva fruto, lo quitará”. Si una vez que hemos recibido el Espíritu Santo no producimos fruto espiritual, seremos separados de Cristo, y arrojados en el fuego para ser consumidos, concretamente, en el Gehena final, o lago de fuego (versículo 6).

El Espíritu Santo nos es dado — nosotros no lo merecimos ni nos lo ganamos — sino que nos fue dado para que produzcamos fruto. ¿Cómo? Jesús asemejó el Espíritu Santo a ríos de agua viva (Juan 7:37-39), fluyendo de El hacia nosotros y, a su vez, de nosotros hacia afuera. ¿Cómo fluye hacia afuera de nosotros? Un río fluye a lo largo de un cauce. El cauce espiritual por el que fluye el Espíritu de Dios es la ley de Dios. El “agua viviente” del Espíritu de Dios es el amor que cumple la ley. Así pues, los frutos son simplemente el camino de la justicia — el guardar la ley de Dios. Debemos ser hacedores de la ley, no sólo oidores, “porque no son los oidores de la ley los justos ante Dios, sino los hacedores de la ley serán justificados” (Romanos 2:13). Este *hacer* produce fruto — desarrolla carácter — nos capacita para un puesto de mayor gloria en el Reino de Dios.

Sin duda, habrán aquellos que obstinadamente se opondrán, diciendo que eso constituye las “obras”. ¡No, es *justicia*, pero no es *la nuestra*! El Espíritu de Dios nos da la fe que hace posible la obediencia. Esta es la fe que salva. Es el don de Dios. Y el amor que cumple la ley de Dios es su amor, que fluye hacia y fuera de nosotros — ¡no nues-

tro amor! No se trata de autojusticia, sino la justicia de Dios que nos es dada.

**¿Qué clase de obras?** Un pasaje adicional de la Escritura redondeará el cuadro. Se encuentra en el capítulo tercero de la primera epístola de Corintios. Observe cuidadosamente. Algunos de estos conversos gentiles en Corinto querían ser seguidores de Pablo; otros, de Pedro; otros, de Apolos. Pablo los dirigía a Cristo, mostrándoles la “nada” humana que eran él y Apolos.

“¿Qué, pues, es Pablo”, preguntó (versículo 5), “y qué es Apolos?” Y respondió: “Servidores por medio de los cuales habéis creído; y eso según lo que a cada uno concedió el Señor. Yo planté, Apolos regó; pero el crecimiento lo ha dado Dios”. Pablo estaba mostrándoles que él y Apolos, meros humanos, eran como la nada en comparación con Dios. El crecimiento espiritual — el fruto producido — las obras — venían a través del Espíritu Santo de Dios.

El apóstol continúa: “Así que ni el que planta es algo, ni el que riega, sino Dios, que da el crecimiento”. Observe — Dios *da* el crecimiento espiritual — los frutos producidos. Se trata de la justicia de Dios. “Y el que planta y el que riega son una misma cosa; aunque cada uno recibirá su recompensa conforme a su labor” (versículo 8). Una vez más, nuestras obras sí nos reditúan una paga, ya sea buena o mala. Las obras malas nos reditúan muerte eterna. Las buenas obras nos ganan un mejor puesto o recompensa en el Reino de Dios, si logramos entrar en él por medio de la gracia.

“Porque nosotros somos colaboradores de Dios, y vosotros sois labranza de Dios, edificio de Dios” (versículo 9). Aplique esto a esta Obra que realiza Dios en la actualidad. Dios está usándose a mí, a nuestro activo personal de cientos de empleados y a nuestra creciente familia de colaboradores, quienes contribuyen económicamente — todos como compañeros en el trabajo de Dios. Nuestra Obra consiste en llevar a cabo la gran comisión de Cristo: proclamar su evangelio alrededor del mundo por varios medios y a través de nuestros ministros enseñando y después bautizando a aquellos que se arrepienten. Utilizamos éstos y otros medios que Dios nos ha proporcionado para propagar las buenas nuevas internacionalmente.

Todo ello nos garantizará un mejor puesto — una mayor gloria — si logramos entrar en el Reino de Dios. Pero únicamente seremos salvos por gracia, inmerecidamente — como un don de Dios. Sin embargo, nuestro trabajo

como instrumentos en manos de Dios, los cuales El utiliza en su Obra, es la actividad más importante sobre la Tierra hoy en día. Y contribuye enormemente a nuestro crecimiento espiritual como individuos.

Pero continuemos. Sigue diciendo Pablo: “Conforme a la gracia de Dios que me ha sido dada, yo como perito arquitecto puse el fundamento, y otro edifica encima” (versículo 10). El ahora asemeja la Iglesia a un edificio que está siendo construido. Prosigamos: “pero cada uno mire cómo sobreedifica”, refiriéndose ahora a cada miembro individual, así como al Cuerpo de Cristo — la Iglesia en forma colectiva. “Porque nadie puede poner otro fundamento que el que está puesto, el cual es Jesucristo” (versículo 11).

Continuemos: “Y si sobre este fundamento alguno edificare oro, plata, piedras preciosas, madera, heno, hojarasca, la obra de cada uno se hará manifiesta; porque el día la declarará, pues por el fuego será revelada; y la obra de cada uno cuál sea, el fuego la probará. Si permaneciere la obra de alguno que sobreedificó, *recibirá recompensa*” (versículos 12-14).

**Cristo produce las obras “en nosotros”.** ¡El fundamento no vino por medio de nuestras obras! Eso fue obra de Dios. El nos dio el fundamento para sobreedificar. Ese fundamento es Cristo — “Cristo en nosotros” (2 Corintios 13:5; Gálatas 2:20; 4:19; Efesios 3:17; Colosenses 1:27), por medio del Espíritu Santo. El Espíritu de Dios — Cristo *en* usted — fue dado por la gracia, no producido por nuestras obras. Pero usted debe continuar sobreedificando en ese “Fundamento”. Debemos *vencer* y tenemos que *crecer* espiritualmente (2 Pedro 3:18).

Vea ahora con detenimiento qué materiales de construcción se mencionan en relación a la estructura del edificio. El más valioso se menciona primero — el oro. El segundo lugar en valor y calidad es la plata. En seguida, piedras preciosas; después, madera — de mucho menor valor. Pero ahora llegamos a las baratijas, a la calidad ínfima — ¡heno! El heno podrá usarse para los techos de las chozas en el trópico, pero es un material de construcción muy deficiente. Sin embargo, un caballo puede comerlo — tiene un poco de valor. Pero, finalmente, llegamos a la hojarasca. Ni siquiera una choza podría ser construida con hojarasca. Un caballo no la comería. Su valor es prácticamente nada y sólo sirve para ser quemada.

**Debemos desarrollar carácter.** En este pasaje de la Escritura, nos interesa principalmente el aspecto de desa-

rollar carácter. Pero ahora Pablo nos habla de poner a prueba la calidad de los edificios que construimos por medio del fuego. Comprendámoslo. “Si la obra de alguno se quemare, él sufrirá pérdida, si bien él mismo será salvo, aunque así como por fuego” (versículo 15). ¿Qué es ese “fuego”?

Para comprenderlo necesitamos consultar el capítulo 3 de Malaquías, que habla de Cristo como el Mensajero del (nuevo) pacto, que de súbito viene a su templo. Esta, como tantas otras profecías, tiene una doble aplicación. Solamente en “tipo” se refiere al primer advenimiento de Cristo — principalmente tiene que ver con su segunda venida.

“... Y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis, y el ángel del pacto... ¿Y quién podrá soportar el tiempo de su venida? ¿o quién podrá estar en pie cuando él se manifieste? Porque él es como fuego purificador, y como jabón de lavadores. Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví, los afinará como a oro y como a plata, y traerán al Eterno ofrenda en justicia” (Malaquías 3:1-3).

Claramente esto se refiere a la segunda venida de Cristo como Rey de reyes para establecer el gobierno universal sobre todas las naciones. Entonces nosotros, quienes hemos recibido la gracia de Dios — en quienes mora el Espíritu Santo, hechos entonces inmortales — estaremos de pie ante El para ser juzgados en lo que respecta al galardón o puesto al que nos hemos hecho acreedores. Cristo mismo es ese fuego purificador que consumirá la escoria. Pero el oro puro, la plata o las piedras preciosas que hayamos edificado sobre el fundamento de Cristo entonces serán *manifiestos* — emergerán de la prueba. Pero el heno y la hojarasca serán consumidos.

Una vez más, Cristo dice de aquellos quienes, por gracia, recibirán la salvación y nacerán como seres inmortales en el Reino de Dios a su retorno, que El los traerá, “y los fundiré como se funde la plata, y los probaré como se prueba el oro. El invocará mi nombre, y yo les oíré, y diré: Pueblo mío; y él dirá: El Eterno es mi Dios” (Zacarías 13:9).

Volvamos ahora a 1 Corintios 3:13-15. ¡Debe resultar claro ahora!

Aquí se habla de los hijos engendrados de Dios, quienes han recibido el Espíritu Santo — es decir, a Cristo en ellos, en Espíritu — como el Fundamento. Algunas personas, una vez que se han convertido y han recibido el Espíritu de Dios, empiezan efectivamente a vivir de toda palabra de Dios,

tal como dijo Jesús que debemos hacer (Lucas 4:4). Han tenido su corazón en la Obra de Dios por mucho tiempo. Han orado diariamente por ella — perdido en oración la guía y protección de Dios para aquellos que laboran en ella — contribuido alegre y generosamente para su financiamiento.

Han buscado y encontrado verdaderos valores de la vida. Han tratado de ser vencedores. Han estudiado a fin de conocer el camino de Dios — para mostrarse aprobados por Dios. Se han mantenido cercanos a Dios a través de la diaria oración y el estudio de la Biblia. Han desarrollado un carácter justo, espiritual, puro como la plata. En otras palabras, han edificado sobre el Fundamento con oro, plata y piedras preciosas. Ellos han sobrevivido a la prueba. Pasaron por el fuego. Ellos son los que “produjeron fruto” — cuya “mina” produjo “diez minas” — quienes recibirán autoridad sobre mucho.

Pero hay otros muchos — y yo personalmente conozco a varios en esta categoría — quienes con gozo han recibido el Espíritu Santo de Dios — su conversión como cristianos — y han permanecido en buena actitud, pero cuyas “obras” han sido de calidad inferior, representadas por el heno y la hojarasca. La mayor parte de sus “obras” como cristianos serán consumidas cuando venga la prueba final. Su recompensa — su rango en el Reino — el cargo al que se hicieron acreedores — es muy pequeño, pero ellos sí serán salvos por la gracia de Dios. Sufren el menoscabo de una mayor posición — de mayor autoridad para servir y para hacer el bien — pero ellos serán salvos.

Somos salvos por gracia, a través de la fe de Cristo — dada como un don de parte de Dios. Pero el “galardón” — el puesto, el cargo, el grado de gloria — que será conferida una vez que seamos transformados a la inmortalidad en el Reino de Dios dependerá de nuestras “obras” en esta vida mortal — y del carácter y la calidad de dichas obras. Y recuerde, aun las obras provinieron del Espíritu Santo de Dios — pues las obras de justicia no son *nuestra* propia justicia, sino la justicia de Dios. ¡Esta es la clase de “obras” en las que creo y que enseño!

**El porqué de la vida cristiana.** ¿Por qué es que aquellos que se dicen estar en el ministerio y al servicio de Jesucristo enseñan que en la vida cristiana no hay obras de ninguna clase?

Se debe a la falsa doctrina pagana respecto a lo que constituye la “salvación”. Su concepto de la salvación parece ser una eternidad de ocio y holgura — sin nada que hacer. El desarrollar el carácter mismo del Dios viviente —

el prepararse para gobernar — capacitarse para servir — todo esto no tiene cabida en su falsa teología pagana.

Muchas veces he preguntado en la revista *La Pura Verdad*, “¿Por qué, si es que no hay obras en la vida cristiana, no es uno llevado a su ‘galardón’ inmediatamente — al momento de aceptar por primera vez a Cristo? ¿Por qué debe el converso cristiano — si ya ha sido salvo para siempre, si ya ha nacido de nuevo — seguir sufriendo en esta vida? ¿Por qué dice la Biblia que muchas son las aflicciones del justo y que todos los que viven en apego a las leyes de Dios han de sufrir persecución? ¿Por qué no evitar todo este sufrimiento? ¿Por qué Dios no se lleva a los conversos inmediatamente a la ‘gloria’ — a donde o a lo que sea que ellos conciben como el estado eterno de los salvos?”

La respuesta es que Dios puso a los humanos sobre esta Tierra con un propósito. Ese propósito es enunciado en Génesis 1:26 — ¡Dios está reproduciéndose a sí mismo! Dios tiene y es el supremo carácter espiritual — santo, justo, perfecto. Nosotros, para poder nacer de El — para nacer en su familia, como sus hijos divinos — debemos ser transformados, no solamente de mortales a inmortales — no sólo de humanos a divinos — sino de nuestra naturaleza humana y nuestro carácter pecaminoso a su naturaleza divina (2 Pedro 1:4) y a su santidad y perfección de carácter (1 Pedro 1:16; Mateo 5:48). Y eso debe ser desarrollado a lo largo de la vida cristiana. Quiere decir vencer, crecer en conocimiento y carácter.

Debemos convertirnos en una nueva creación (Gálatas 6:15). La creación espiritual de Dios continúa hoy en día — en nosotros. Por ahora somos mera arcilla — hechos del polvo de la tierra. Dios es el Alfarero — nosotros el barro (Isaías 64:8). Nosotros debemos, por decisión propia, con nuestra completa sumisión y aun con nuestro propio esfuerzo aunado, entregarnos a nosotros mismos de tal manera que el Alfarero Maestro pueda rehacer, remoldear y reformar completamente nuestro carácter vil, transformándolo en el carácter santo, justo, espiritual y perfecto de Dios.

**Su parte en la Obra de Dios.** En mis más de cincuenta y cuatro años de experiencia intensiva, rica y activa, desde que Dios cambió mi dirección hacia su camino, he observado que la primera necesidad de todo cristiano quien ha de crecer y desarrollar este carácter espiritual, es poner todo su corazón en la Obra de Dios, la cual el Cristo viviente ha llamado a sus siervos a realizar como sus instrumentos. Nuestras

“obras” son nuestra parte en la Obra de Dios — proclamando su verdadero evangelio a todo el mundo como testimonio — preparando el camino para la venida de Cristo. Somos tan sólo sus instrumentos; la *obra* es de Dios. Quienes condenan las “obras”, en realidad condenan al gran Dios — el verdadero *Hacedor* quien a través de nosotros como sus instrumentos y colaboradores realiza su Obra. ¡En resumidas cuentas, son sus obras, no las nuestras!

Quienes son egoístas, a quienes no les importa en absoluto la Obra de Dios, quienes no tienen el suficiente interés extrovertido para querer llevar el mensaje de Cristo a este mundo engañado, ciego y moribundo, no tardan en apostar. Quienes hacen girar toda su vida y su actividad “cristiana” en torno a sí mismos, en sólo desarrollarse de manera personal, y cuyo corazón no está entregado a esta gran Obra de Dios que está dedicada a servir a los demás, dirigida personalmente por el Cristo viviente, sólo se desarrollan hacia adentro, hasta que se marchitan espiritualmente y son desechados. Aquellos cuyos corazones, cuyas oraciones activas, constantes, y fervorosas y cuyos diezmos y ofrendas están dedicados a la Obra de Dios, continúan desenvolviéndose espiritualmente — alcanzan la verdadera felicidad — son grandemente bendecidos — gozan de la vida más plena y abundantemente — y sus rostros siempre tienen una sonrisa a flor de labio. ¡Irradian bienestar! ¡Prosperan!

El Nuevo Testamento está literalmente repleto de instrucciones sobre la vida cristiana — la manera de llevar una vida nueva, diferente, gozosa — o, quizás mejor expresado, permitiendo que Jesucristo viva esa vida, a la manera de Dios, en ellos.

¡Cuán maravilloso es el camino de Dios! La salvación llega a nosotros — si estamos dispuestos a aceptarla — como el don gratuito de Dios — ¡por la gracia!

Pero debemos ser *transformados*. Se trata de *hacer*, no únicamente de escuchar (Romanos 2:13). Hay que desarrollar un carácter nuevo y justo. Sin embargo, aun eso es Cristo *obrando en usted*. De hecho, aun las “obras” son realizadas en su mayor parte por El. Pero, ¡cuán maravilloso resulta el que haya “obras” de justicia en la vida verdaderamente cristiana — una oportunidad para obtener algo más que la salvación, por preciosa e incommensurable que ésta sea — una oportunidad para alcanzar un puesto más elevado, mayor rango, una mejor oportunidad de *servir*, y mayor *gloria*! □

# Respuestas del Génesis

Los primeros seis capítulos del Génesis nos ofrecen un breve resumen de puntos vitales y culminantes, que cubren aproximadamente los primeros 1650 años de la humanidad, es decir, desde la creación de Adán hasta justo antes del diluvio universal en época de Noé. Se trata de un sumario de hechos básicos, en el cual muchos detalles se han omitido. Dios, no obstante, se preocupó de que esos seis capítulos preservaran para nosotros aquello que realmente necesitamos conocer. En esa narrativa, se ha recogido lo suficiente para demostrar que Dios instruyó a la humanidad con relación al camino que debería seguir para obtener la paz, la felicidad, la prosperidad, el bienestar, y también una vida positiva e interesante.

Pero, toda vez que los breves relatos contenidos en ese primer libro de la Biblia pueden dar lugar a muchas preguntas académicas, hemos considerado prudente ofrecer las respuestas para algunas de las que surgen más a menudo. Esas respuestas están basadas, lógicamente, en la misma Biblia, desde el Génesis hasta el Apocalipsis. Todas las Escrituras han sido inspiradas por Dios a través de instrumentos humanos (2 Timoteo 3:15-16; 2 Pedro 1:21). Tengamos muy en cuenta que cualquier vaguedad en las Escrituras debe ser interpretada a la luz de *todas* las revelaciones que la misma Biblia contiene acerca de ese punto en particular. “La Escritura no puede ser quebrantada”, dijo Jesús (Juan 10:35). La Biblia, *tal como fue originalmente escrita*, nunca se contradice a sí misma.

Las preguntas que siguen están contenidas en su mayoría en cartas auténticas de lectores que leen las publicaciones de la Iglesia de Dios Universal.

• **“¿Pueden ustedes darme información acerca del hombre prehistórico? ¿Creó Dios a otros hombres antes que a Adán?”**

Tal como la usan los historiadores críticos, la expresión “tiempos prehistóricos” se refiere a la más remota antigüedad, sobre la cual nada hay registrado en las fuentes escritas.

Pero la Biblia nos dice explícitamente: “En el principio creó Dios los cielos y la tierra” (Génesis 1:1). Aquí hay, pues, un relato documentado que se remonta al inicio de los tiempos. Por consiguiente, desde este punto de vista, la expresión “tiempos prehistóricos” no puede reconciliarse con las Escrituras. A nadie debe sorprenderle, por tanto, encontrarse con pasajes bíblicos que revelan cosas ocurridas antes de los tiempos de Adán. (Pidanos nuestro artículo gratuito *¿Creó Dios al Diablo?*, para obtener una información más detallada sobre este tema.)

Sin embargo, en lo que concierne a la existencia del ser humano, la Biblia declara explícitamente que Adán fue el primer hombre (1 Corintios 15:45), y que Adán dio a su mujer el nombre de Eva, “por cuanto ella era madre de todos los vivientes” (Génesis 3:20). Adán y Eva fueron, por consiguiente, los primeros humanos.

• **“¿Existieron realmente Adán y Eva? ¿Verdaderamente tuvieron hijos: Caín, Abel y Set?”**

Existe una documentación legal que se refiere al asesinato de Abel, al juicio de Caín ante un juez y a la sentencia que sobre él recayó (Génesis 4:8-16). ¡La documentación a la cual nos referimos es nada menos que la Biblia! El Antiguo Testamento es el único testimonio digno de crédito que se ha preservado hasta nuestros días, con información sobre las vidas de Adán y Eva y sobre el nacimiento de Caín, Abel y Set. La Biblia nos dice qué personalidades tenían y cuáles fueron los hechos culminantes de los tiempos en que vivieron. Inclusive la genealogía física de Cristo está registrada en la Biblia y, a través de Set, se remonta hasta Adán. Físicamente, Adán y Set fueron antepasados de Cristo (Lucas 3). Y Jesucristo aceptó como autorizado el testimonio contenido en el Antiguo Testamento (Lucas 24:25, 27, 44).

Cristo sabía que Abel había existido, que era una persona histórica. Cristo se refirió al asesinato de Abel por su hermano Caín. Notemos las palabras que Cristo dijo a los líderes religiosos de su tiempo: “Para que venga sobre vosotros toda la sangre

justa que se ha derramado sobre la tierra, desde la sangre de Abel el justo hasta la sangre de Zacarías, hijo de Berequías, a quien matasteis entre el templo y el altar” (Mateo 23:35).

Los apóstoles se refirieron muchas veces a personajes famosos mencionados en el Antiguo Testamento. El Génesis ha sido siempre aceptado por los verdaderos cristianos como un relato válido y notablemente exacto de la historia primitiva. Resulta absurdo profesar una creencia en las enseñanzas de Cristo y sus apóstoles y, al mismo tiempo, negarse a aceptar la verificación que ellos hicieron del relato del Génesis.

• **“¿Podrían ustedes ayudarme en algo que me tiene muy confundido? Desde el momento en que Dios creó los cielos y la Tierra, hasta la época presente, han transcurrido aproximadamente 6000 años. ¿Cómo es que los investigadores científicos encuentran árboles y fósiles que, según afirman, tienen millones y millones de años de antigüedad?”**

De acuerdo con la cronología bíblica, Dios creó a Adán y Eva hace poco menos de 6000 años. No obstante, la evidencia bíblica y la evidencia geológica señalan que la Tierra — *no el hombre* — ha existido por un tiempo muchísimo más largo. La clave para comprender este hecho, que tantos continúan ignorando, se encierra en la comprensión correcta de los dos primeros versículos del Génesis. Esos versículos nos indican que algo tremendo había ocurrido entre lo que se afirma haber sido la creación original de la Tierra (versículo 1) y lo que nos dice el versículo 2: “Y la tierra estaba desordenada y vacía...”. En lugar de “estaba”, una traducción más exacta sería “se volvió”, de acuerdo a Génesis 19:26, donde se usa el mismo vocablo hebreo. La palabra “vacía” proviene de la raíz hebrea *tohu*, la que significa “ruina, confusión, vacío”, como podemos confirmar si acudimos a cualquier diccionario de la lengua hebrea. Sin embargo, Isaías 45:18 nos dice que Dios *no* creó la Tierra en un estado de vacío (la misma palabra hebrea *tohu*). Por tanto, algo

ocurrió entre Génesis 1:1, la creación original de la Tierra, y Génesis 1:2, que nos introduce a lo que comúnmente llamamos “la semana de la creación”. Lo que ocurrió entre los eventos y condiciones descritos en estos dos versículos aparece revelado en otros pasajes bíblicos.

Lo que se nos relata en el primer capítulo del Génesis es la renovación de lo que “en el principio” fue creado por Dios. Salmos 104:30 nos dice que por su Espíritu (su poder), Dios renueva la Tierra. Restaurándola es cómo el Sumo Creador la convirtió en un planeta habitable para los seres humanos.

● **“¿Cómo podemos saber cuántas horas tenía un día en la semana de la creación?”**

Los evolucionistas teístas, e inclusive los teólogos, a menudo dicen que los “días” descritos en el capítulo primero del Génesis, son realmente “épocas” con una duración de mil años cada una, o quizá más. Sin embargo, una lectura atenta del relato bíblico y un simple conocimiento de la naturaleza nos indican claramente cuál fue la duración de esos días.

Notemos que las plantas fueron creadas el tercer día. Sin embargo, el sol no brilló sobre la Tierra, en todo su esplendor, hasta el cuarto día. Si esos días hubiesen durado millares de años, ¿cómo podrían las plantas haber sobrevivido sin los rayos del sol durante tanto tiempo, o más aún, sin la existencia de los insectos encargados de la polinización de muchas de estas plantas, los cuales no fueron creados hasta el sexto día?

Cada día de la semana de la creación no equivale a un sumamente largo espacio de tiempo. Esos fueron días de 24 horas cada uno, compuestos de noche y día, tal como la Escritura nos lo revela.

● **“Génesis 2:19 parece indicar que Dios creó a las bestias del campo después de haber creado a Adán. Sin embargo, el capítulo 1 del propio Génesis implica todo lo contrario. ¿Querrían ustedes explicarme esta contradicción?”**

El capítulo segundo del Génesis, que a menudo ha sido llamado “el segundo relato de la creación”, es una reiteración del capítulo primero, pero desde un punto de vista diferente. Ese segundo capítulo *enfatisa* la razón y el *propósito* que se esconden tras la creación de Adán y Eva, y describe el método de crear que Dios usó, así como otras condiciones vigentes en aquella época.

El propósito del versículo 19 no es explicar *cuándo* creó Dios los anima-

les, sino *cómo* los creó, a la vez que subrayar la responsabilidad que tuvo Adán de dar nombre a las distintas especies zoológicas. Dios utilizó este hecho como una oportunidad para señalarle a Adán que él — a diferencia de los animales — carecía de una compañera idónea. De la misma manera, es por eso que los versículos 21-25 se ocupan exclusivamente de explicarnos *por qué* y *cómo* fue creada la mujer. Resulta obvio que los dos primeros capítulos del Génesis se ocupan de unos mismos acontecimientos, y que ambos se complementan y amplifican mutuamente. Génesis 1:24-31 nos dice que Dios creó a la humanidad y otras formas de vida en el sexto día. Génesis 2:19 coincide completamente con esta ordenación de los hechos creativos en ese sexto día.

● **“Mi nieta tiene ocho años de edad, y quiere saber de dónde vino Dios. Antes de contestarle, quisiera que ustedes me guiaran”.**

Como seres humanos que somos, generalmente enfocamos las cosas desde una perspectiva puramente física. Pensamos que todo tiene que haber tenido algún origen y, desde un punto de vista estrictamente físico, esto es verdad. No obstante, el Dios Todopoderoso es Espíritu (Juan 4:24). Y un ser espiritual no está constreñido por las leyes temporales y espaciales. Todas las cosas físicas tienen un principio y un fin, pero las cosas espirituales son eternas (2 Corintios 4:18).

Inclusive, el mismo nombre hebreo para “Jehová” (YHWH), en el Antiguo Testamento significa “Eterno”, es decir, el Dios que siempre ha existido y siempre existirá.

Estos conceptos están explicados, en forma más detallada, en nuestro artículo *¿Ha existido Dios eternamente?*. Pídanos su copia gratuita si aún no lo ha hecho.

● **“Si Dios tomó una de las costillas de Adán para crear a Eva, ¿por qué los hombres no tienen una costilla menos?”**

En el siglo XVI, Andreas Vesalius, doctor en anatomía, descubrió que hombres y mujeres tienen el mismo número de costillas. Antes se suponía que, por haberle Dios quitado a Adán una costilla (Génesis 2:21), todos los hombres — descendientes de Adán — tenían una costilla menos que las mujeres.

Vesalius descubrió una de las leyes naturales de Dios. Todas las especies vivas fueron creadas por Dios para transmitir a su descendencia las características decretadas por El desde

la creación. En otras palabras, los seres vivos habrían de reproducirse “según su especie” (Génesis 1:25). Esta es una ley genética vigente desde la creación. Las operaciones quirúrgicas y los accidentes no alteran la estructura genética, es decir, las características hereditarias de un individuo. Todos los bebés varones, por ejemplo, nacen incircuncisos, aunque hayan sido engendrados por padres circuncisos. Y si un hombre pierde un brazo en un accidente, no por eso sus hijos nacerán mancos.

● **“¿Era una manzana el fruto prohibido?”**

La revelación bíblica no menciona el tipo de fruta que Adán y Eva comieron cuando desobedecieron a Dios, ni tampoco tenemos ninguna fuente histórica secular o profana que nos lo diga.

En realidad, no tiene la menor importancia la identificación de ese fruto prohibido. El *principio espiritual* del árbol de la ciencia del bien y del mal es el punto más importante que tenemos que considerar. Está penetrantemente analizado en nuestro folleto gratuito *¿Por qué nació usted?*.

● **“Quisiera, por favor, que me explicaran el pasaje del Génesis 3:14-15”.**

“Y el Eterno dijo a la serpiente: Por cuanto esto hiciste, maldita serás entre todas las bestias y entre todos los animales del campo; sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida. Y pondré enemistad entre ti y la mujer, y entre tu simiente y la simiente suya; ésta te herirá en la cabeza, y tú le herirás en el calcañar”.

En el versículo 14, Satanás estaba manifestándose en la forma de una serpiente (Apocalipsis 12:9; 20:2). Las expresiones que nos mencionan el arrastrarse por el suelo y el comer polvo son usadas en otros pasajes bíblicos como símbolos de bajeza y degradación (Salmos 72:9; Isaías 49:23; 65:25; Miqueas 7:17). Satanás fue originalmente llamado Lucifer: un gran arcángel a cargo de la Tierra en los tiempos prehumanos. Pero Lucifer cayó (Lucas 10:18) cuando quiso rebelarse contra Dios. Entonces fue confinado a esta Tierra, y degradado para siempre (Apocalipsis 20:1-3; Judas 6).

En Génesis 3:15, se encierra la primera profecía bíblica acerca de la venida del Mesías, profecía que fue dada poco después del primer pecado cometido por Adán y Eva. Cristo promete liberar a la humanidad de la paga del pecado (que es la muerte) a través de su muerte en la cruz y subsiguiente resurrección de entre los muertos (Hebreos 9:25-26). Sin embargo, como

dice el referido versículo del Génesis, la serpiente herirá al hombre en el calcañar, refiriéndose así, en forma figurada, a la intervención satánica en la crucifixión de Cristo (Juan 13:27).

Cristo, nacido de una mujer, anuló el poder de Satánas sobre los hombres. "Así que, por cuanto los hijos participaron de carne y sangre, él también participó de lo mismo, para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre" (Hebreos 2:14-15).

#### ● "¿Dónde está hoy el huerto del Edén?"

¡Ha desaparecido! A Adán se le ordenó cuidarlo y embellecerlo (Génesis 2:15), pero Adán pecó y fue expulsado del Edén. No sabemos, después de esto, cuánto tiempo se mantuvo, pero probablemente el diluvio eliminó los últimos restos que quedaban de él, si es que no habían sido destruidos antes.

Dios plantó este huerto del Edén hace aproximadamente 6000 años. ¿Dónde estaba situado? La Biblia no nos lo dice en forma dogmática. Sin embargo, hay razones para creer que existió más o menos en el área donde, mucho más tarde, fue erigida la ciudad de Jerusalén. Dios ha usado consistentemente esa región, conocida como la Tierra Santa, para desarrollar su plan de salvación. Cuando Cristo retorne, el centro de su reino terrenal estará en Jerusalén (Zacarías 14:17; Jeremías 3:17).

Ezequiel 47:1-12 nos habla de un río que fluirá desde Jerusalén durante el futuro reino de Cristo, igual que fluía desde el huerto del Edén (véase Génesis 2:1-14). Ya que el reinado de Cristo será durante el tiempo de la restauración de todas las cosas (Hechos 3:21), tenemos otra indicación, bastante clara, de que Dios se propone restablecer su presencia en la misma área que antes (véase Génesis 3:8, 23-24; 4:16).

#### ● "¿Pueden explicarme dónde encontró Caín una esposa?"

La respuesta a esta pregunta se hace obvia cuando consideramos el factor del tiempo en el estudio del capítulo 4 del Génesis. Ya había transcurrido algún tiempo desde la creación de Adán y Eva. Adán y Eva, Caín y Abel *no* eran los únicos seres humanos sobre la faz de la Tierra cuando Caín mató a su hermano. Para ese entonces, Adán y Eva ya habían tenido otros hijos. "Y fueron los días de Adán después que engendró a Set, ochocientos años, y engendró hi-

jos e hijas. Y fueron todos los días que vivió Adán novecientos treinta años; y murió" (Génesis 5:4-5).

Notemos que Adán engendró hijas. Es obvio, por tanto, que Caín encontró esposa entre sus hermanas, las hijas de Adán. No había otras mujeres con las cuales él podía unirse. Adán fue el primer hombre (1 Corintios 15:45), y Eva fue la madre de todos los humanos, con excepción de Adán (Génesis 3:20). Quizá hoy en día, en vista de las modernas leyes matrimoniales que prohíben las uniones entre hermanos, ésta no nos parezca la solución obvia. Pero, en los primeros tiempos de la historia humana, no era censurable que hermanos y hermanas se casaran entre sí. Abraham se casó con Sarah, que era su media hermana (Génesis 20:12), y su hermano Nacor se casó con la hija de su hermano Harán (Génesis 11:29). Los hijos no sufrían daño genético. Sin embargo, en época de Moisés, se prohibió el matrimonio entre parientes cercanos (Levítico 18).

#### ● "¿Cuántos hijos e hijas tuvo Adán?"

La Biblia nos da un relato abreviado de las vidas de los principales hijos de Adán — Caín, Abel y Set — por el profundo efecto que tuvieron en la historia. Pero, fuera de ese relato, solamente nos dice que Adán "engendró hijos e hijas" (Génesis 5:4). La Biblia no menciona un número exacto. Existe, sin embargo, una tradición judía que afirma que Adán y Eva tuvieron 33 hijos y 23 hijas.

#### ● "¿Cuál fue la señal de Caín que se menciona en el Génesis?"

Este enigmático tema ha intrigado, durante siglos, a muchos estudiosos de la Biblia. La palabra "señal", en Génesis 4:15, es una traducción de la palabra hebrea *owth*. Según la *Concordancia Exhaustiva de la Biblia* de Strong, la palabra hebrea *owth* puede ser traducida como "señal" y también como "marca, bandera, monumento, signo o señal luminosa". La *Concordancia Analítica* de Young traduce dicha palabra como "signo". El *Comentario Exegético y Explicativo* de Jamieson, Fausset y Brown nos indica que la palabra *owth* puede traducirse como "signo", "señal" o "prenda" (dada en señal de algo).

La palabra *owth* pudiera indicar una marca limítrofe o fronteriza fijada por Dios para separar o segregar a Caín y sus descendientes del resto de la humanidad. El capítulo 4 (versículos 12 y 16) del Génesis nos dice que Dios había desterrado a Caín a la tierra de Nod — que significa tierra del extravío — situada al oriente del

Edén. Pero la marca o señal de Caín también puede haber sido algún objeto que él llevara sobre su persona, probablemente colgado de su cuello, de donde puede haber nacido la antiquísima costumbre, mantenida hasta hoy, de llevar algún amuleto o talismán como protección contra las malas influencias.

"Ciertamente cualquiera que matare a Caín, siete veces será castigado. Entonces Jehová puso señal en Caín, para que no lo matase cualquiera que le hallara" (Génesis 4:15). La palabra hebrea original implica ambos significados: una marca o señal sobre la persona de Caín, o una marca o señal para separarlo a él de los demás. Algunos han pensado que la marca de Caín se refiere al color de la piel. Pero esa marca *no* consistió en un cambio de pigmentación. Caín, según ciertas tradiciones del Africa Occidental, quizá haya sido de piel oscura, pero su pecado nada tiene que ver con esto, sino con su carácter moral. Dios creó a todas las razas — la blanca, la amarilla, la negra y todas las demás — para servirle y glorificarle a El, cada una con sus particulares habilidades y talentos. Desde el mismo principio, Dios tuvo el propósito de que existieran varias razas, colocando dentro de Adán y Eva los materiales genéticos necesarios para que las distintas razas se iniciaran. Las diferencias raciales nada tienen que ver con la "marca de Caín". Recordemos que Dios "de una sangre ha hecho todo el linaje de los hombres, para que habiten sobre toda la faz de la tierra..." (Hechos 17:26). Dios no discrimina (véase Romanos 2:11).

#### ● "¿Por qué creó Dios a las diferentes razas?"

Dios creó a las diferentes razas por la misma razón que creó diferentes especies de aves o variedades de rosas. Cada una tiene algo bello y valioso que contribuir. La cuestión racial no es una cuestión de piel, sino del corazón humano: los prejuicios y los odios vienen de la mente. Dios creó a las distintas razas para que se sirvieran y ayudaran recíprocamente — la discriminación racial confirma el hecho de que los seres humanos necesitan cambiar su modo de razonar. Sólo así podrán todos comprender que la variedad es la sal de la vida, y que las diferencias raciales fueron creadas por un Dios amoroso para aumentar la felicidad humana.

#### ● ¿Dónde está situada la tierra de Nod?"

"Salió, pues, Caín de delante del Eterno, y habitó en tierra de Nod, al oriente del Edén" (Génesis 4:16).



Cain fue desterrado a la región de Nod como castigo por haber asesinado brutalmente a Abel, su hermano más joven. Esa región estaba situada al este del Paraíso. El Edén probablemente se hallaba en la región hoy conocida como la Tierra Santa — en Jerusalén. Por consiguiente, Nod probablemente estaba al este de Jerusalén — el área donde las doce tribus de la antigua nación de Israel juntamente habitaron. La palabra hebrea para “Nod” significa “extravío”. Esa fue la tierra donde Cain anduvo errante. Se trata de un área general, no de una ubicación geográfica específica.

• **“La Biblia dice que Enoc ‘desapareció, porque le llevó Dios’ (Génesis 5:24), y también que ‘Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado, porque lo traspuso Dios’ (Hebreos 11:5). ¿Qué fue lo que realmente sucedió con Enoc? ¿A dónde fue? ¿Dónde está ahora?”**

En estos momentos, Enoc está muerto y sepultado. Lo sabemos porque, en la Epístola a los Hebreos, claramente se dice que Enoc murió en la fe, sin haber recibido lo prometido (véase Hebreos 11:5, 13). Y Génesis 5:23 explícitamente declara que Enoc vivió 365 años.

Es verdad que Dios trató a Enoc en una forma muy especial. Enoc era uno de esos pocos hombres que se dan cuenta de la tremenda importancia que tiene el seguir los caminos de Dios. Desde la edad de 65 años hasta su muerte, ocurrida 300 años después, Enoc “caminó con Dios” (Génesis 5:22). Y Dios especialmente se preocupa por aquellos que en sus vidas lo ponen a EL primero.

Le recomendamos la lectura de nuestro folleto gratuito titulado *Salvación*, ya que en dicha publicación se trata el caso de Enoc mucho más detalladamente.

• **“Génesis 6:4 parece indicar que en la época anterior al diluvio, los ángeles se casaban con mujeres. ¿Cómo puede ser cierta semejante cosa?”**

El testimonio bíblico revela que los ángeles son espíritus creados (Hebreos 1:14). No consisten de carne mortal como los humanos. Jesucristo dijo que los ángeles no se casaban. Los ángeles son espíritus creados y no se reproducen por medio de la relación sexual, ni tampoco por ningún otro procedimiento (Lucas 20:34-36; Mateo 22:30; Marcos 12:25).

Teniendo esto en cuenta, leamos los cuatro primeros versículos del capítulo 6 del Génesis: “Aconteció que

cuando comenzaron los hombres a multiplicarse sobre la faz de la tierra, y les nacieron hijas, que viendo los hijos de Dios que las hijas de los hombres eran hermosas, tomaron para sí mujeres, escogiendo entre todas... se llegaron los hijos de Dios a las hijas de los hombres, y les engendraron hijos. Estos fueron los valientes que desde la antigüedad fueron varones de renombre”. ¿Quiénes eran estos “hijos de Dios”? Obviamente, eran hombres, miembros de la raza humana. Adán era hijo de Dios por creación (Lucas 3:38); y, en este sentido, todos los descendientes varones de Adán también son hijos de Dios.

Estos “hijos de Dios” no podían ser ángeles, ya que se casaban con mujeres. (Note el contexto del Génesis 6:3: “Y dijo el Eterno: No contendrá mi espíritu con el hombre para siempre...”). En ese pasaje nuevamente los “hijos de Dios” son llamados *hombres*. Y, como los hijos de Dios pecaron, Dios dijo: “Raeré de sobre la faz de la tierra a los hombres que he creado” (versículo 7). Ni una sola vez se menciona la palabra “ángeles”. Note que Dios dijo que debido al pecado destruiría a los hombres, no a los ángeles. Los ángeles son espíritus y, por tanto, no pueden ser destruidos por las aguas de diluvios e inundaciones. “Y murió toda carne que se mueve sobre la tierra... y todo hombre” (Génesis 7:21), como consecuencia del diluvio.

• **“Hay quienes afirman que no llovió sobre la Tierra desde los tiempos de Adán hasta la época de Noé. ¿Es acaso lo que quiere decir Génesis 2:5-6?”**

El Génesis — primer libro del Antiguo Testamento — responde a las preguntas básicas acerca de los *orígenes*. La palabra “Génesis” significa “principio” u “origen”. El segundo capítulo del Génesis nos suministra varios detalles del relato de la creación que no habían sido mencionados en el capítulo anterior. Cuando ambos capítulos son analizados juntamente, vemos que se complementan y amplifican recíprocamente.

Teniendo esto muy en cuenta, veamos lo que realmente dice el Génesis 2:5-6: “...y toda planta del campo antes que fuese en la tierra, y toda hierba del campo antes que naciese; porque el Eterno Dios aún no había hecho llover sobre la tierra, ni había hecho llover sobre la tierra, ni había hombre para que labrase la tierra, sino que subía de la tierra un vapor, el cual regaba toda la faz de la tierra”.

Consideremos ahora estos hechos: (1) Dios es el autor de las leyes físicas que producen la lluvia. No podría ha-

ber lluvia si Dios no hubiera establecido esas dinámicas leyes; (2) Génesis 2:6 no dice que había un vapor que descendía sobre la tierra, como muchas personas han creído. Hace mención de un vapor que subía de la tierra, y (3) ese pasaje del Génesis está refiriéndose a una época anterior a la creación de las plantas. El vapor ascendía conforme a las leyes de la evaporación, para formar nubes que se disolverían en lluvia y prepararían a la tierra para soportar la vegetación.

En Génesis 2:5-6 se nos dice quién es el Hacedor del clima y de las temperaturas. Nos da información acerca de los orígenes del clima como preparación para la era del hombre. En otras palabras, Dios es el iniciador de un proceso climático que fue puesto en funcionamiento durante la semana de la creación. Ese proceso continúa vigente en la actualidad. Todos sabemos que las nubes se forman por la condensación del vapor de agua que, mediante la evaporación, asciende desde la tierra. Bajo determinadas condiciones, se forman gotas de agua que regresan a la tierra en forma de lluvia u otros tipos de precipitación.

Un mero vapor, sin lluvia, no habría sido suficiente para sostener, por largo tiempo, toda la vida vegetal en el planeta. La Biblia, por tanto, nos está hablando, en el pasaje que analizamos, acerca de los inicios de los patrones climáticos, en preparación para la vida vegetal que estaba a punto de ser creada. La expresión “aún no” en Génesis 2:5 implica claramente que, aunque todavía Dios no había hecho llover sobre la tierra, sí hizo que lloviera después — cuando ya quedó instaurado el ciclo de evaporación-condensación-precipitación.

• **“¿Quiso Dios que el hombre comiera carne antes del diluvio? Quisiera que me explicaran el versículo 3 del capítulo 9 del Génesis”.**

Abel le ofreció a Dios un sacrificio de sus rebaños *antes* del diluvio (Génesis 4:4); su ocupación era la de pastorear ovejas (versículo 2). ¿No sería bastante extraño que un hombre se dedicara al pastoreo de un enorme rebaño con la única finalidad de ofrecer un sacrificio de vez en cuando? Es mucho más lógico suponer que Abel y los demás hombres comían la carne de esas ovejas.

Las leyes relativas a los animales limpios y no limpios eran bien conocidas antes del diluvio. Dios ordenó a Noé que tomara siete parejas — macho y hembra — de toda especie de  
(Continúa en la página 16)

# Relatos de LA BIBLIA Para jóvenes de 5 a 105

## Capítulo decimoséptimo LAS PLAGAS DE EGIPTO

**D**ios habló nuevamente a Moisés, después de que Moisés y Aarón habían tenido que alejarse de la corte del Faraón. “Por la mañana”, les dijo, “el Faraón irá a bañarse a la orilla del río. El no querrá volver a recibirlos tan pronto otra vez en la corte, de modo que vayan por la orilla del río hasta llegar al lugar donde él se baña. Díganle que el Dios de ustedes les ha ordenado de nuevo que le digan que él debe permitir que mi pueblo vaya al desierto para adorarle. Díganle también que, por no haber él dado el permiso para que los israelitas salgan, yo convertiré en sangre las aguas del Nilo. Recuérdenle que los peces del río van a morir, y que los egipcios no podrán beber las aguas del Nilo, por el mal olor y el mal sabor que van a tener”.

**El Nilo convertido en sangre.** Horas después, cuando el Faraón se deslizaba en su hermosa alberca construida en las orillas del Nilo, se sorprendió al oír una voz conocida que le llamaba desde el espeso y verde follaje cercano a la alberca. Al mirar hacia arriba, descubrió la presencia de Moisés y Aarón. Los guardias se apresuraron hacia los dos israelitas.

“¡Déjenlos hablar!”, ordenó el Faraón. “Quiero ver con qué clase de truco vienen ahora estos dos”.

Cuando los guardias vieron sonreír el Faraón, le imitaron. Pero, al notar que Aarón se adelantaba con la vara, sus caras se pusieron serias. Todos recordaban el desagradable incidente de las serpientes, y nadie podía adivinar qué cosa nueva podría salir de esa vara.

Aarón repitió todo lo que Dios le había dicho a Moisés. Y, cuando men-

cionó la amenaza de convertir en sangre las aguas del Nilo, el Faraón levantó la mano, ordenando silencio (Exodo 7:14-18).

“El Nilo es un río muy caudaloso”, dijo el Faraón tranquilamente, mientras se echaba agua por la cabeza. “No sé de qué va a servirnos tanta sangre”.

Los guardias y siervos egipcios se rieron ruidosamente de la broma. Pero, aun antes de que las risas cesaran, Aarón levantó la vara y golpeó con ella las aguas del Nilo que, a través de los filtros, entraban en la alberca del Faraón. Los egipcios lo miraron, preguntándose qué podría significar aquel gesto.

El primer aviso de que algo extraño pasaba vino del siervo que sostenía la capa del Faraón. “¡Miren!”, gritó. “¡El agua se está poniendo roja!”

El Faraón miró y notó que el agua estaba ahora mucho más oscura que momentos antes. Y, mientras la miraba, el agua seguía perdiendo su claridad y poniéndose cada vez más roja. El Faraón, perdiendo toda su compostura, se apresuró a salir corriendo del río. Su siervo apresuradamente lo cubrió con la capa, para ocultar las franjas rojas que surcaban su cuerpo. El Faraón y todos los egipcios miraban perplejos el charco formado a los pies del Faraón. El agua estaba roja, igual que la sangre (Exodo 7:19-21).

Fue difícil para el Faraón recobrar su porte digno y majestuoso, pero él sabía que no podía quedar en ridículo delante de sus siervos. Además, tenía que demostrar que los dos israelitas solamente estaban tratando de asustarlo para obligarlo así a liberar a su gente.

“Llama a los sabios de mi corte”, ordenó el Faraón a uno de sus siervos, “y diles lo que está pasando, y que vengan inmediatamente, para que estos israelitas vean que su magia

no es mejor que la de mis magos”.

Hubo que esperar a que vinieran los sabios y magos de la corte egipcia. Mientras tanto, el Faraón regresó a su palacio para vestirse, pero, antes de irse, miró preocupado el caudaloso Nilo que corría lentamente hacia el norte. El resultado del poder de Dios estaba allí, ante sus ojos, pero él no quiso creer. Prefería suponer que se trataba de algún simple truco, y esperaba que sus magos le darian la razón.

Al cabo de un rato, el Faraón regresó, escoltado por sus guardias y siervos. Detrás de él, venían sus magos y, aun más atrás, venían más siervos que cargaban grandes toneles de agua clara. Entonces, en presencia de Moisés y Aarón, los magos pronunciaron extrañas palabras sobre los toneles de agua, a la vez que movían las manos por encima de éstos. Por último, los siervos se adelantaron y vaciaron en el Nilo el agua de los toneles.

¡Y el agua que salió de ellos era tan roja como la sangre!

El Faraón sonrió cuando vio lo que sus magos habían logrado. Volviéndose con expresión de triunfo hacia Moisés y Aarón, les dijo: “Como acaban de ver, no hay milagro que ustedes hagan que mis magos no puedan hacer también. Por supuesto, ustedes tienen una ventaja. Mis magos no pueden ahora volver rojas las aguas del Nilo, porque ya están rojas”.

Dicho esto, el Faraón y sus siervos regresaron al palacio, dejando a Moisés y Aarón junto al río (vs. 22-23).

**Siete días sin agua.** Pasó una semana durante la cual los egipcios tuvieron mucho que sufrir. El agua del Nilo era la vida de su país. Roja como sangre, y llena de peces muertos, no podían aprovecharla para nada, solamente para regar.

Mucho antes de que terminara esa semana, ya los egipcios estaban deses-

perados, tratando de conseguir agua para que ellos y sus ganados pudieran beber y no murieran de sed. Hasta las lagunas y los estanques del país se habían convertido en sangre, exceptuando posiblemente a los de la región de Gosén, donde vivía la mayor parte de los israelitas. Los egipcios tenían que traer el agua desde más allá de sus fronteras, o cavar pozos en la tierra, lo más lejos posible del Nilo. No había muchos pozos en Egipto, pero posiblemente había sido de algún pozo o fuente que los magos trajeron el agua en toneles ante el Faraón, la que se volvió roja gracias a sus poderes engañosos.

Muchos de los esclavos israelitas probablemente sufrieron las mismas privaciones que los egipcios, ya que muchos estaban como cautivos en las regiones donde se llevaban a cabo las obras de construcción. Pero, debido a la escasez de agua, es posible que los israelitas no hayan tenido que trabajar durante varios días.

A pesar del sufrimiento que veía en su país, el Faraón tercamente se negó a cambiar su modo de pensar acerca de los israelitas. Sin embargo, a medida que pasaban los días, empezó a preguntarse si valdría la pena pagar un precio tan alto con tal de mantener a los israelitas como esclavos. Desde luego, el Faraón y sus cortesanos no estaban pasando la peor parte, pues se hacían todos los esfuerzos para que en el palacio no faltara el

agua. Sin embargo, a pesar de todo, el Faraón sabía que su nación no podría durar mucho tiempo en aquellas condiciones. Y se daba cuenta de que, más tarde o temprano, tendría que llamar a Moisés y Aarón.

Ocho días después de haberse el Nilo convertido en sangre, el Faraón fue despertado por sus nerviosos sirvientes. “¿Por qué me molestan?”, gritó furioso el Faraón. “¡Guardias, metan en el calabozo a estos siervos, que se han atrevido a entrar en mi dormitorio!”

“Pero Majestad, venimos a decirle que las aguas del Nilo ya están claras y limpias otra vez”, protestaron los sirvientes.

“¿Es verdad?”, preguntó el Faraón a los guardias que se aproximaban.

Los guardias felices asintieron. Y el Faraón, recostándose en sus almohadas, sonrió con alivio. Se sentía convencido de que, en una competencia de paciencia, al fin le había ganado la partida al Dios de los israelitas.

“Ustedes, siervos, serán recompensados por traerme la buena noticia”, dijo el Faraón, haciendo ademán de despedirlos.

A partir de aquel momento, hubo gran regocijo en Egipto. En cosa de pocos días todo había vuelto a la normalidad. Pero, si el Faraón creía que aquello era el fin de sus tratos con Aarón y Moisés, y con el Dios de éstos, le esperaban algunas sorpresas desagradables.

Poco tiempo después, Dios ordenó a los dos israelitas que fueran de nuevo al Faraón con una nueva advertencia. Moisés y Aarón sabían que no iban a ser bien recibidos, pero también sabían que debían confiar en su Dios y obedecerle. El Faraón se puso furioso cuando supo que estos dos le esperaban para hablarle. Sin embargo, mientras más pensaba en aquello, mayor curiosidad sentía, hasta que por fin se tranquilizó.

#### **El regreso de Moisés y Aarón.**

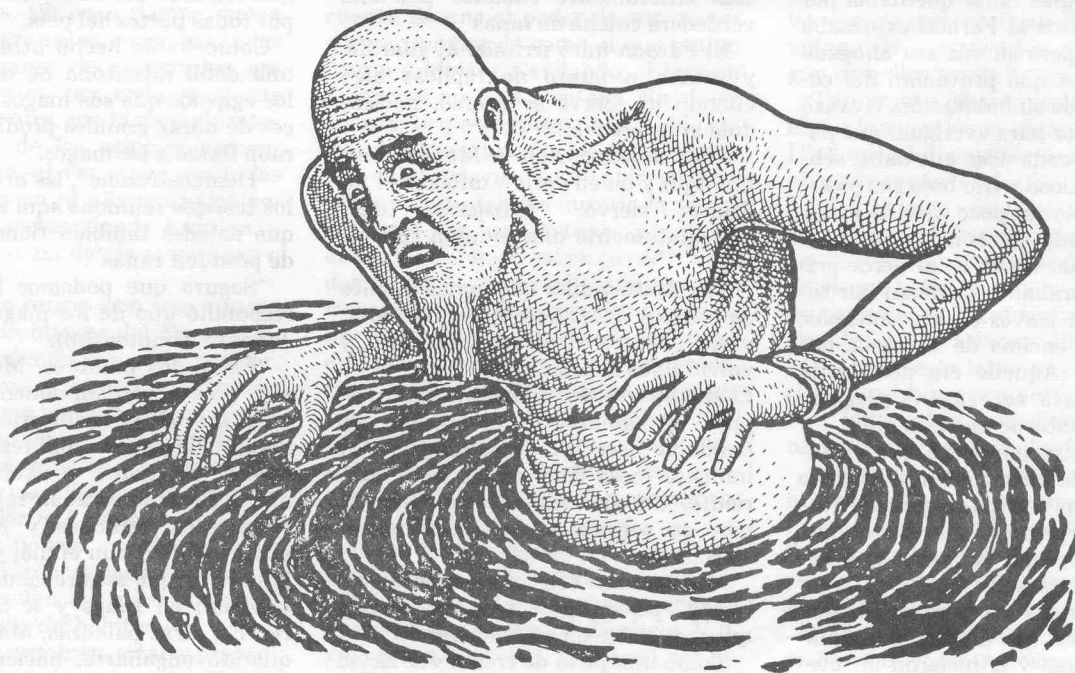
“Quizá hayan venido a decirme que han renunciado a la inútil idea de abandonar Egipto”, dijo el Faraón a sus consejeros. “Díganles a mis guardias que les dejen pasar”.

Cuando entraron los dos israelitas, Aarón se adelantó para hablar, pero el Faraón le hizo señas de que callara.

“No me aburras más con la repetida historia de que tu gente quiere ir al desierto para adorar a su Dios”, le dijo el Faraón. “Sé breve y dime qué razones tienes, si es que hay alguna para haber venido”.

“Hemos venido para pedirte de nuevo que dejes ir a nuestra gente”, le dijo Aarón. “Si te niegas, Dios hará que salgan del Nilo millones de ranas que cubrirán todo el país en cantidades tan grandes que estarán por todas partes; en las camas, las cocinas y en cualquier lugar que una persona se pare, se siente o se acueste” (Exodo 8:1-4).

El Faraón miró a Moisés y Aarón



*El Faraón, asombrado, vio como el agua se volvía roja.*

unos momentos, con el ceño fruncido. Le preocupaba este anuncio de una plaga de ranas, pero quería hacer ver ante los demás que solamente estaba un poco molesto.

“Quizá ustedes, con su magia, puedan hacer tal cosa”, les dijo. “Pero ya mis magos han demostrado que también pueden hacer cualquier cosa que ustedes hagan. Si el Dios de ustedes no es más poderoso que mis magos y sus dioses, ¿qué tengo yo que temer? Márchense, y díganle a su Dios que no voy a libertar a los israelitas”.

“Muy pronto sabrás lo que nuestro Dios puede hacer”, contestó Aarón y, junto con Moisés, salió de la corte.

Faraón se quedó preocupado. Sabía que sus magos no habían podido igualar los poderes de Moisés y Aarón. Y más preocupado hubiera estado si poco después hubiera visto a dos hombres junto al Nilo, uno de ellos con una vara, a punto de desencadenar una segunda plaga sobre Egipto.

Muy temprano a la mañana siguiente, el Faraón fue despertado por gritos en su palacio. Ya estaba a punto de llamar a sus siervos para averiguar qué ocurría, cuando sintió que algo se movía bajo su mano. En la penumbra del amanecer, pudo ver a varios pequeños animalejos que se arrastraban y saltaban por encima de su cubrecama. Sentándose de un salto, parpadeó alarmado ante lo que veía. Eran diminutas ranas (vs. 5-6).

Furioso de que sus sirvientes permitieran aquello, saltó de la cama, sólo para pisar a más ranas que había por el piso. A gritos el Faraón expresaba su disgusto, pero su voz era ahogada por los ruidos que provenían del corredor fuera de su habitación. Avanzó hacia la puerta para averiguar qué pasaba, pero, a cada paso que daba, sentía algo resbaloso y frío bajo sus pies.

Ahora había un poco más de luz, y el Faraón pudo ver con mayor claridad a las ranas de un color verde-gris que se arrastraban y saltaban por todas partes: a través de las ventanas, por el suelo, encima de su cama, por las paredes. ¡Aquello era demasiado fantástico para ser cierto! ¡Seguramente se trataba de una pesadilla!

En el preciso momento que el Faraón llegó a la puerta, ésta se abrió de un tirón, y sus siervos entraron. Estos salteaban torpemente mientras golpeaban y pisoteaban las ranas que habían invadido el pasillo.

Cuando los siervos vieron al Faraón que los miraba con dureza, interrumpieron su tarea y le hicieron la reverencia.

“Majestad, perdónenos”, dijo uno de ellos, “pero las ranas han invadido

el palacio, y estábamos tratando de impedir que entraran en su habitación.”

“Las ranas están saliendo del río y metiéndose por todas partes”, explicó otro de los siervos.

Y fue entonces que el Faraón, estremeciéndose, recordó lo que el israelita Aarón le había dicho el día anterior. En aquel mismo momento, su furia se convirtió en temor. Se dio cuenta de que aquello no era simplemente una pesadilla. ¡La plaga de ranas era una realidad!

“¡Cierren todas las puertas! ¡Cubran todas las ventanas del palacio!”, ordenó el Faraón. “Luego llamen a todos los criados para dejar limpio de ranas este edificio”.

En cuestión de minutos, grupos enteros de siervos luchaban por expulsar a las ranas del palacio. Inclusive los guardias se sumaron al trabajo, para cerrar el palacio herméticamente. Siervos fueron apostados en cada una de las entradas, para evitar que entraran más ranas cuando se abría alguna de las puertas.

“Que mi siervo me traiga mi bata de baño”, ordenó el Faraón. “Quiero ir ahora a bañarme en mi alberca”.

Uno de los guardias, un poco atemorizado, osó levantar las manos, como tratando de evitar que el Faraón saliera de su palacio.

“Señor”, le dijo, “se dará cuenta de que es imposible ir hoy a la alberca. Está llena de ranas y de renacuajos. Además, el camino hasta la alberca está enteramente cubierto por una verdadera colcha de ranas”.

El Faraón miró irritado al guardia, y estaba a punto de replicar algo cuando un siervo se acercó, haciéndole la reverencia.

“Los consejeros de su Majestad están aquí y piden verle”, informó el jadeante siervo. “Quisieran tener inmediatamente una reunión con usted”.

“Vuélvete y diles que jamás discuto cuestiones de estado antes del desayuno”, contestó irritado el Faraón, y volvió a sus habitaciones.

**El desayuno del Faraón.** Poco después, los camareros trajeron grandes bandejas para ser depositadas en la inmensa mesa del Faraón. Este, sonriente, destapó una de las fuentes, pero su sonrisa se desvaneció en el acto.

“Estas ranas son un verdadero problema”, pensó, “pero no voy a dejarlas que me estropeen mi buen apetito”.

Tomó una jarra de crema y se sirvió una buena cantidad de ésta en un cuenco. Valiéndose de una cuchara, empezó a comer golosamente.

De repente, cesó de comer. Se quedó boquiabierto mirando el plato, como si estuviera hipnotizado e incapacitado para hacer movimiento alguno. ¡Algo se movía en la crema! Los movimientos se hicieron más agitados y, de repente, dos pequeñas ranitas se asomaron y saltaron los bordes del cuenco; goteando crema, continuaron brincando sobre la mesa. El Faraón dejó caer ruidosamente su cuchara al piso, a la vez que, atónito, veía a una rana muerta flotar en una copa que contenía su bebida favorita. El sirviente más cercano, viendo lo que ocurría, estaba horrorizado. Pero, llenándose de valor, se adelantó para atrapar a las ranas y retirarlas de la mesa.

“¡Llévense estos alimentos a la cocina!”, rugió el Faraón, “y dígan al cocinero que se los coma él”. Y añadió: “Tráiganme mi desayuno sin ranas o, de lo contrario, ustedes — camareros y cocineros — serán encarcelados por mis guardias”.

La Biblia no nos cuenta cómo las ranas perturbaron al Faraón y a su palacio en los primeros momentos. Por lo tanto, la descripción anterior ha tenido que hacerse con un poco de imaginación. Es posible que hechos reales probablemente hayan sido un poco más cómicos — y también un poco más trágicos — que lo que hemos contado. Lo que sí sabemos de cierto es que los egipcios tuvieron que sufrir bastante durante los días siguientes, ya que las ranas continuaban saliendo del Nilo y extendiéndose por todas partes del país.

Como había hecho otras veces, en una débil intentona de demostrar a los egipcios que sus magos eran capaces de obrar grandes prodigios, el Faraón llamó a los magos.

“Demuéstranme”, les ordenó, “ante los testigos reunidos aquí en mi corte, que ustedes también tienen el poder de producir ranas”.

“Seguro que podemos hacer eso”, respondió uno de los magos, llamado Janes (2 Timoteo 3:8).

“Estos dos hombres, Moisés y Aarón, no son verdaderamente expertos en el arte de la hechicería”, dijo otro mago, llamado Jambres. “Simplemente son listos, y sabían que las aguas del Nilo estaban rebosantes de renacuajos, millones y millones de ellos, y adivinaron el día, y hasta casi la hora en que esos renacuajos se convertirían en ranas y se saldrían del río. En otras palabras, Majestad, han querido engañarte, haciéndote creer que el Dios de ellos les ha dado el poder de producir ranas. Pero ahora, con nuestros poderes de brujería, nosotros

produciremos ranas de donde no las hay”.

Varios magos ocuparon sus respectivos lugares ante el Faraón. Entonces, con misteriosos movimientos de brazos y manos, y con palabras extrañas pronunciadas por Jambres y Janes, pequeñas ranas verdes comenzaron a aparecer como de la nada, y a brincar en todas direcciones (Exodo 8:7).

Esta demostración de magia complació al Faraón, pero era obvio que ya había visto bastantes ranas ese día, y ordenó que la demostración cesara.

“Pero nuestro despliegue de hechicería no ha terminado aún, Majestad”, dijo Janes. “Mira nuevamente hacia el piso”.

El Faraón miró y parpadeó asombrado; las ranas, producidas por los magos momentos antes, habían desaparecido.

“Los dioses que les han concedido estos poderes mágicos”, comentó el Faraón, “verdaderamente son poderosos. Vamos a suplicarles que detengan esta plaga de ranas. Estoy seguro de que habrá terminado en menos de 24 horas”.

Pero el Faraón se equivocó, puesto que las ranas continuaban saliendo del río todos los días, y seguían extendiéndose por todo Egipto, quizá con la excepción de Gosén, la región habitada por los israelitas. Muchas de las ranas murieron pronto por falta de sombra y de humedad. Muchas fueron matadas por los constantes esfuerzos de los egipcios, que trataban de acabar con ellas. En poco tiempo, había montañas de ranas muertas por todas partes. La tarea de enterrarlas era grande. Además, por cada rana que moría, había otra que la reemplazaba. La angustia de los egipcios aumentaba cada día, al ver ranas por todas partes, hasta en el alimento que comían, en las camas donde dormían, y en cualquier lugar donde se paraban o se sentaban.

**El Faraón se reúne con sus consejeros.** Los problemas del Faraón seguían aumentando con toda rapidez. Sus consejeros y ministros le presionaban para que resolviera el problema de la plaga de ranas. Le decían que, si aquello no se solucionaba pronto, los propios egipcios huirían del país y lo dejarían desierto. La nación se debilitaría y no podría continuar existiendo. Esto preocupaba mucho al Faraón. ¿A quién iba a mandar, si el país se quedaba deshabitado?

El Faraón también estaba preocupado de pensar cómo Aarón y Moisés habían demostrado ser más poderosos que los magos de su corte. Aunque el

Faraón varias veces llamó a sus magos con el fin de probar al pueblo que los dioses egipcios siempre estaban prestos para actuar, se daba cuenta de que Moisés y Aarón habían demostrado tener mayor poder, lo cual le asustaba.

Las cosas se hacían más difíciles aún, ya que la religión de los egipcios obligaba a éstos a adorar a ciertos baticos, siendo la rana uno de ellos. ¡Hasta uno de los ídolos egipcios tenía cabeza de rana! Muchos egipcios tenían un temor supersticioso de matar ranas, e inclusive se preocupaban si accidentalmente pisaban una.

Las ranas, mientras tanto, seguían saliendo del Nilo y extendiéndose por todo el país, y las que morían se juntaban en montones de carne repugnante en putrefacción.

“Si no hacemos algo de inmediato, te quedarás sin nación que gobernar”, dijo al Faraón su principal consejero. “Nuestro pueblo no podrá soportar esta plaga por mucho más tiempo. Ya hay muchos egipcios que han escapado a tierras extranjeras”.

“¿Pretendes decirme que debo humillarme ante esos dos excéntricos israelitas y ceder a sus idiotas exigencias?” replicó el Faraón.

“Es lo único que podemos hacer”, contestó el consejero, “a menos que pienses que tus magos tienen poderes para detener esta plaga”.

El Faraón no respondió. No pensaba pedirles a sus magos que liberaran al país de las ranas, pues bien sabía que no podían lograrlo. Se daba cuenta de que el poder de sus magos no era tan grande como el que tenían Aarón y Moisés. Cavilando, el Faraón se encaminó a la ventana sin darse cuenta de que la misma había sido tapiada para evitar que las ranas entraran en el palacio. Si tan sólo pudiera saber cuánto tiempo duraría la plaga, entonces podría actuar con más acierto. Pero no lo sabía. Si cedía a las demandas de los israelitas, sus planes fracasarían. El quería seguir usando a los israelitas para construir las ciudades más grandiosas y esplendorosas que jamás se hayan visto. Quizá su plan pudiera ser completado en el espacio de unos pocos años, pero, si continuaba la plaga de ranas, era muy posible que todo terminara en un rotundo fracaso.

“Que vengan Aarón y Moisés”, ordenó de pronto el Faraón.

En el rostro del principal consejero apareció una expresión de alivio. Volviéndose a su siervo, le ordenó dar inmediato cumplimiento a la orden del Faraón.

Cuando Aarón y Moisés vinieron, el

Faraón les esperaba. Moisés se había dado cuenta de que sólo podía haber una razón que explicara por qué habían sido llamados con tanta prisa. Y no se equivocaba.

“Pidanle al Dios de ustedes que cese ya de enviarnos estas horribles ranas”, les ordenó severamente el Faraón.

“Nos alegraremos mucho de hacerlo así”, contestó Moisés, “si prometes que liberrarás a nuestro pueblo”.

El Faraón dudó. Se reclinó en su trono y, conteniendo su rabia, miró turbadamente hacia sus puños cerrados.

“Está bien”, contestó suspirando. “Dejaré que los israelitas vayan al desierto a adorar a su Dios” (Exodo 8:8).

¡Era esto lo que Moisés había luchado por tanto tiempo! Interiormente dio gracias a Dios. Pero Moisés sabía que no era prudente pedirle a Dios que detuviera la plaga de ranas sin que previamente se determinara el tiempo más favorable. Sabía que si él dejaba que el Faraón escogiera el momento, el poder de su Dios quedaría demostrado en forma mucho más efectiva.

“¿Cuándo quieres que nuestro Dios detenga la plaga de ranas?” preguntó al Faraón.

“Mañana”.

“Muy bien”, contestó Moisés. “Mañana será”. Y agregó: “Mañana las ranas cesarán de saltar por tus ciudades, campos y edificios. Las únicas ranas vivas que habrá en el país serán las que estarán en el río. Esto será un milagro de nuestro Dios, algo que ningún otro dios puede hacer”.

Tan pronto Moisés pudo retirarse a algún lugar privado para orar, pidió a Dios que al día siguiente detuviera la plaga de ranas (vs. 9-12).

Al siguiente día, los angustiados egipcios se sintieron tranquilos y felices al comprobar que las únicas ranas vivas que había en el país eran las que estaban en el Nilo. Hubo regocijo y grandes celebraciones. Sin embargo, aún quedaba la tarea monumental de rastrillar las ranas muertas en montones, las cuales despedían un repugnante e insoportable olor (vs. 13).

Mientras tanto, Moisés esperaba ansiosamente por algún decreto del Faraón, anunciando que los israelitas iban a ser libertados. Al fin, molesto por la demora del Faraón, fue con Aarón al palacio.

“Ya sé por qué han venido”, les dijo el Faraón, “pero no tiene objeto que me recuerden la promesa que hice de dejar salir a los israelitas de Egipto”. □

# COMO OBTENER UNA FE PERDURABLE

por Herman L. Hoeh

**E**N EL capítulo 11 de la Epistola a los Hebreos se presenta el relato de la fe desde un punto de vista completamente distinto al que las personas suelen comprender. Le fe, según nosotros la percibimos, es la creencia de que Dios hará lo que le pidamos que haga por nosotros, siempre que ello sea conforme a su voluntad.

Lamentablemente es ahí donde muchas personas limitan a la fe. Pero la fe es esto y mucho más. Implica un aspecto que es mucho mayor que el de meramente recibir — el cual podríamos llamar *perdurable*.

“Es, pues, la fe la certeza de lo que se espera”. Una vez que tenemos la certeza y ya no estamos esperando algo, la fe deja de tener importancia en cuanto a esto se refiere. “Es . . . la fe la convicción de lo que no se ve”. Es la comprensión y el entendimiento de que hay ideas, de que existen seres y realidades que no podemos ver con el ojo humano. Nosotros no estábamos aquí cuando Dios creó el mundo. La fe es ese aspecto mediante el cual reconocemos a Dios como el Creador.

“Por la fe entendemos haber sido constituido el universo por la palabra de Dios”, no evolucionado por su propia cuenta. “De modo que lo que se ve” se reconoce que fue hecho de aquello que es invisible; lo cual, por supuesto, es fundamental a la ciencia de la creación.

La energía divina, que es atributo de Dios, fue transformada en una forma determinada de energía, la cual reconocemos como materia, mediante un acto de creación y por el poder de Dios. “De modo que lo que se ve fue hecho de lo que no se veía”.

**La experiencia humana y la fe.** Ahora, después de haber tocado el tema de la creación, llegamos a un planteamiento completamente nuevo — el de la experiencia humana y la fe. “Por la fe Abel ofreció a Dios más excelente sacrificio que Caín”. Abel ofreció un animal cuya sangre fue derramada, lo cual prefiguraba el advenimiento del Mesías, quien habría de pagar la pena

del pecado. Y con fe Abel comprendió que el Mesías debía morir a fin de que él pudiese ser perdonado. Y, por tanto, recibió testimonio de que era justo, porque percibió que Dios habría de perdonarlo.

“Por la fe Enoc fue traspuesto para no ver muerte, y no fue hallado porque lo traspuso Dios”. La palabra *traspuso* puede referirse al mero hecho de transportar o trasplantar.

Enoc será colocado o nacerá dentro de la Familia o Reino de Dios de manera que no vea aquella muerte que es llamada la muerte segunda. Si hemos sido engendrados de Dios, la muerte segunda ulteriormente no tendrá ningún poder sobre nosotros, una vez que Cristo nos rescite de entre los muertos. Y, lo que es más, por fe él no fue encontrado por sus enemigos. Su cuerpo no fue abusado, porque Dios, en efecto, lo había removido de entre aquellos que buscaban asesinarlo.

**No siempre en esta vida.** “Pero sin fe es imposible agradar a Dios; porque es necesario que el que se acerca a Dios crea que le hay, y que es galardonador de los que le buscan”. Pero el galardón no siempre viene en esta vida. Quizás pueda darse en parte, pero ése no es el galardón principal.

“Por la fe Noé, cuando fue advertido por Dios acerca de cosas que aún no se veían, con temor [y sí existe la ocasión para sentir este tipo de temor] preparó el arca en que su casa se salvase”. Y, por supuesto, fue objeto de burlas. De manera que la fe permitió a Noé hacer algo que probablemente no pudiera haber realizado por su propia fuerza natural.

Por la fe Abraham, siendo llamado, obedeció para salir al lugar que había de recibir como “herencia”, y el cual aún no había visto. Esto le permitió a decidir que el recorrido a través de Canaán valía la pena, sin importar cuán desagradable tuviese que ser.

“Y salió sin saber a dónde iba”. El jamás antes había estado en esta región del mundo — la región de Canaán. “Por la fe habitó como extranje-

ro en la tierra prometida”, y ciertamente padeció grandes problemas ahí. Era una “tierra ajena” y él moró “en tiendas” (albergues temporales), no en casas sólidas de uno o dos pisos.

A la vez que esto transcurría, él “esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios”. Y jamás encontró esa ciudad. Había gran número de aldeas y ciudades canaanitas, pero jamás encontró esa ciudad. Parece haber comprendido que la verdadera ciudad estaba aún en el futuro, la cual era la nueva Jerusalén.

De manera que Abraham anticipaba algo en sus tiempos que no es realmente revelado y descrito sino hasta que llegamos a Apocalipsis, capítulos 21 y 22. “La ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios”. Hay tantas cosas que parece haber sido reveladas por Dios en forma verbal a estos hombres, pero que no fueron escritas sino mucho tiempo después para beneficio nuestro.

“Por la fe también la misma Sara, siendo estéril, recibió fuerza para concebir”, lo cual fue un verdadero milagro, pues ya había pasado por el cambio de vida.

“Y dio a luz aun fuera del tiempo de la edad, porque creyó que era fiel quien lo había prometido”, a pesar del hecho de que al principio se había reído y lo consideraba imposible. Pero entre más pensaba en ello, más real le parecía, puesto que Dios es verdadero.

“Por lo cual también, de uno [en este caso, de Abraham] y ése ya casi muerto, salieron como las estrellas del cielo en multitud, y como la arena innumerable que está a la orilla del mar”. No hay forma de contar los hijos de Abraham, los cuales vinieron todos como un acto de fe. Dios prometió y Abraham confió en El.

Vivimos en un mundo en el que queremos tantas cosas y creemos que Dios debe darnoslas *ahora*, en vez de dejar que El se haga cargo de todo y confiar en lo que El dice que va a hacer.

“Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido”, que es la promesa ulterior (versículo 39).

**Un mundo mejor.** Es interesante notar, conforme leemos Hebreos 11, que estas personas no depositaron su confianza en la civilización, la sociedad, o la ciudad de donde provenían. En un sentido, decidieron lo mismo que Abraham; él había tenido que dejar al mundo tras de sí y emprender la jornada hacia otro mundo que no habría de aparecer hasta más tarde.

Continuando con el versículo 17: “Por la fe Abraham, cuando fue probado, ofreció a Isaac; y el que había recibido las promesas ofreció su unigénito”. Aquí se le pidió que hiciera algo que resultaba incomprensible, excepto que quizás Abraham lo veía como el ejemplo. Percibió que Dios el Padre parecía haber estado dispuesto a sacrificar a su propio Hijo, tal como él al suyo, y que si Isaac había de ser sacrificado, tendría que haber una resurrección.

“Pensando que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también le volvió a recibir”. En este sentido, Abraham percibió a Cristo en esta figura o representación y comprendió la importancia del sacrificio que tendría que efectuarse siglos después por Jesucristo — la verdadera Pascua.

“Por la fe bendijo Isaac a Jacob y a Esaú respecto a cosas venideras”. Es decir, a pesar de que aún no podía ver lo que había sido prometido y que nada podía hacer de sí mismo, siguió confiando en lo que Dios había dicho ocurriría respecto a sus hijos después de su muerte.

“Por la fe Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José, y adoró apoyado sobre el extremo de su bordón” (porque tenía que ponerse de pie y sostenerse). Jacob confió en Dios para que cumpliera las bendiciones que Dios había prometido a Abraham y que Él había transferido a través de Abraham a Isaac. La herencia fue transmitida por medio de la fe.

“Por la fe José, al morir, mencionó la salida de los hijos de Israel”. Así es que él percibió y supo por la fe que Dios habría de liberarlos de la tierra de Egipto y que los habría de traer de nuevo a la Tierra Prometida, la cual había sido prometida a Abraham. Y también “dio mandamiento acerca de sus huesos”, que no debían permanecer en Egipto.

**Dios obra haciendo uso de pruebas.**

“Por la fe Moisés, cuando nació, fue escondido por sus padres por tres meses”. Decidieron confiar en Dios cuando

vieron a este extraordinario niño, quien era tan hermoso a su edad. Flavio Josefo insinúa que Moisés era un ser humano de aspecto extraordinario. Los padres de Moisés pudieron haber confiado en que Dios anulase el decreto del rey. Pero no, Dios no hizo tal cosa. El permitió que las pruebas subsistieran, e hizo que las cosas salieran bien, dándole la vuelta a aquello que era la prueba.

De manera que Moisés fue aceptado por la hija de Faraón y “por la fe... hecho ya grande [tenía aproximadamente 40 años de edad] rehusó llamarse hijo de la hija de Faraón”. Decidió rechazar la herencia del trono. Eso es lo que su admisión significó. Prefirió sufrir la aflicción con el pueblo de Dios que disfrutar de los placeres del pecado por un tiempo.

Así que Moisés, en este relato, ilustra exactamente por qué la mayoría de las personas que rechazan la fe, vuelven al mundo. Prefieren disfrutar de los placeres del pecado por un breve lapso de tiempo.

Existen determinados placeres que de alguna manera la gente descubre que titilan sus sentidos — intelectual, emocional o físicamente. Y ello dura por un poco de tiempo; ciertamente no dura para siempre.

“Por la fe dejó a Egipto [es decir, estuvo dispuesto a renunciar al mundo que lo rodeaba], no temiendo la ira del rey; porque se sostuvo como viendo al Invisible”. Moisés sobrellevó la ira del rey, comprendiendo la realidad del Dios invisible. Dios le resultaba más real que Faraón.

Lo interesante es que Moisés vio quien estaba realmente al mando y, por tanto, confió en Dios, quien habría de salvarlo. Posteriormente, “por la fe celebró la Pascua” en Egipto, después de haber transcurrido 40 años. Confió en que Dios habría de cumplir aquello que había prometido y entonces celebró “la aspersión de la sangre, para que el que destruía a los primogénitos no los tocara a ellos [los hijos de Israel]”.

“Por la fe pasaron el Mar Rojo como por tierra seca”. El paso por el Mar Rojo fue precedido de una serie de problemas y Dios los libró de todos ellos. “E intentando los egipcios hacer lo mismo, fueron ahogados”.

Estos son hechos de la historia registrados en las Escrituras como ejemplos de lo que significa confiar en Dios a través de todas las tribulaciones que en la vida tengamos que enfrentar.

**Dios destruirá el pecado.** “Por la fe [posteriormente, en tiempos de Josué] cayeron los muros de Jericó después de rodearlos siete días” — durante los

Días de Panes sin Levadura, según lo relata el historiador Josefo. Y cuando esos siete días de Panes sin Levadura, que representan la expulsión del pecado, estaban siendo cumplidos, Jericó, que es la ciudad que tipifica el pecado en la tierra de Canaán, fue totalmente destruida. En un sentido, los hijos de Israel y Josué percibieron que Dios iba a erradicar el pecado del mundo, pero ello no se haría sino hasta después de que fuesen registrados 6000 años de historia humana.

“Por la fe Rahab la ramera [que se encontraba en Jericó] no pereció juntamente con los desobedientes, habiendo recibido a los espías en paz”. Por supuesto, antes de esto ella había estado recibiendo todo tipo de hombres, pero comprendió que había algo fuera de lo común en este caso, que quizás siendo atraída a uno de ellos y confiando en que eran éstas las personas que iban a sobrevivir, pensó que lo mejor para ella sería sobrevivir juntamente con ellos.

“¿Y qué más digo? Porque el tiempo me faltaría contando de Gedeón, de Barac, de Sansón, de Jefe, de David, así como de Samuel y de los profetas”. Por medio de la fe ellos lograron ciertas cosas: “Conquistaron reinos”, es decir, obtuvieron una victoria para la nación. “Hicieron justicia” — la fe les permitió conquistar al yo y cumplir la ley de Dios (los mandamientos — o ley — son justicia: Salmos 119:172). Por la fe ellos “alcanzaron promesas, taparon bocas de leones, apagaron fuegos impetuosos, evitaron filo de espada”.

“Sacaron”, como David, “fuerzas de debilidad”. David era sólo un joven que ni siquiera podía soportar el peso de la armadura que otros hombres portaban y, sin embargo, se contaba entre quienes “se hicieron fuertes en batallas, pusieron en fuga ejércitos extranjeros”.

Todas éstas son cosas que Dios realizó en esta vida al librar a los hombres de sus problemas. Quiero que ustedes vean todas las cosas positivas que Dios hizo al salvar a las personas, permitiéndoles así realizar lo que jamás podrían haber logrado de ninguna otra manera. Pero la mayoría de las personas no quieren ver el otro lado de la moneda.

**Fe para soportar.** “... Otros fueron atormentados, no aceptando el rescate, a fin de obtener mejor resurrección. Otros experimentaron vituperios y azotes, y a más de esto prisiones y cárceles”. Otros, por la fe, soportaron la muerte por lapidación o, como es de suponerse en el caso de Isaías, puesto que se habla aquí en plural, “fueron aserrados”.

(Continúa en la página 16)

# Génesis

(Viene de la página 9)

animal *limpio*, y que tomara una sola pareja — macho y hembra — de toda especie de animal *no limpio*, para que entraran en el arca (Génesis 7:2). No hay indicio de que Dios haya explicado a Noé qué animales debían considerarse limpios, y cuáles no lo eran. Esto indica que probablemente ya se tenía conocimiento de cómo distinguir entre los animales limpios y los inmundos. Tal conocimiento sólo podía ser importante en aquella época si la humanidad en efecto comía carne. (Si desea entender la diferencia entre las carnes limpias y las no limpias, en el sentido bíblico, solicite nuestro artículo gratuito *¿Es propia para alimento toda la carne?*)

Los testimonios fósiles de la época antediluviana indican que antes del diluvio el hombre comía todo tipo de carnes. Lo más probable es que lo dicho en Génesis 9:3 sea simplemente una reafirmación, dada por Dios al hombre, para asegurarle que a pesar de que muchos animales habían adquirido una naturaleza temerosa (véase Génesis 9:2), aún estarían disponibles para alimento.

Muchos animales, después del diluvio, sentían un temor del hombre que no habían tenido antes. Esto hacía más difícil, aunque no imposible, la tarea de cazarlos. Y tampoco se preocupó Dios de aclarar la diferencia entre animales limpios y no limpios cuando dijo a Noé: "Todo lo que se mueve y vive, os será para mantenimiento" (Génesis 9:3). Esto indica que Noé ya sabía cómo distinguir entre los animales limpios y los inmundos.

• **"Le he preguntado a muchas personas si sabían quién escribió el libro del Génesis, pero nadie ha podido responderme. ¿Podrían ustedes aclarármelo?"**

Jesús, en una conversación con varios jefes religiosos de su época, les dijo: "No penséis que yo voy a acusaros delante del Padre; hay quien os acusa, Moisés, en quien tenéis vuestra esperanza. Porque si creyeseis a Moisés, me creeríais a mí, porque de mí escribió él. Pero si no creéis a sus escritos, ¿cómo creeréis a mis palabras?" (Juan 5:45-47). Este es el testimonio personal de Jesús en cuanto a que Moisés escribió la Escritura. Pero, ¿de qué parte?

Jesús explicó cuáles son las secciones en que se divide el Antiguo Testamento: "...era necesario que se

cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, en los profetas y en los salmos" (Lucas 24:44). (La expresión "ley de Moisés" se refiere al Pentateuco, es decir, a los cinco primeros libros de la Biblia.) Y también Jesús había explicado lo que decían de él todas las escrituras, "comenzando desde Moisés, y siguiendo por todos los profetas" (versículo 27). Es decir, Jesús comenzó su explicación con Moisés porque éste escribió el Pentateuco.

Sin embargo, como los acontecimientos descritos en el libro del Génesis tuvieron lugar *antes* del nacimiento de Moisés, éste no pudo ser testigo de los mismos. En realidad, el libro del Génesis está integrado por once documentos diferentes (véase Génesis 1:1-2:3; 2:4-4:26; 5:1-6:8; 6:9-9:28; 10:1-11:9; 11:20-26; 11:27-25:11; 25:12-18; 25:19-35:20; 36:1-43; 37:2-50:26). Aparentemente, pues, Moisés se valió de testimonios preexistentes para compilar el libro del Génesis. Pero a él se le atribuye el mérito, por el mismo Cristo y por una antiquísima tradición hebrea y cristiana, de haber usado esos testimonios para ordenarlos y presentárnoslos en la forma que básicamente tienen hoy. □

## FE PERDURABLE

(Viene de la página 15)

De manera que estos santos "fueron apedreados, aserrados, puestos a prueba, muertos a filo de espada; anduvieron de acá para allá cubiertos de pieles de ovejas y de cabras, pobres, angustiados, maltratados; de los cuales el mundo no era digno; errando por los desiertos, por los montes, por las cuevas y por las cavernas de la tierra. Y todos éstos, aunque alcanzaron buen testimonio mediante la fe, no recibieron lo prometido", puesto que aún no ha habido una resurrección: "proveyendo Dios alguna cosa mejor para nosotros, para que no fuesen ellos perfeccionados aparte de nosotros". Puesto que todos vamos a ser resucitados al mismo tiempo y, más aún, debido a que Jesucristo vino, algo todavía mejor ha sido prometido, porque ahora tenemos acceso directo a Dios el Padre, lo cual nunca antes había sido posible.

El capítulo 12 de Hebreos continúa este tema en los siguientes dos versículos. "Por tanto, nosotros también, teniendo en derredor nuestro tan grande nube de testigos, despojémonos de

todo peso y del pecado que nos asedia [el cual puede ser diferente en ustedes de lo que lo es en mí, pues cada uno tiene sus propios problemas en particular], y corramos con paciencia la carrera que tenemos por delante". Ahora bien, lo normal es que corramos una carrera a toda velocidad. Correr con paciencia significa que se va a requerir de mucha perseverancia para vencer los obstáculos que están en el camino, porque no es únicamente el que llegue primero el que obtendrá el galardón — todos alcanzarán su galardón, no importa cuántos sean.

"Puestos los ojos en Jesús, el autor y consumador de la fe", ya que El, a una misma vez origina nuestra fe, compartiéndonosla a través del Espíritu Santo y El la consumará en cada quien a través de ese mismo Espíritu. "El cual por el gozo puesto delante de él sufrió la cruz". Y eso lo sobrellevó por la fe. "Menospreciando el oprobio" asociado al método de crucificar, porque cualquier ciudadano romano honorable habría dicho, "Prefiero ser decapitado". Pero el colgar a alguien de un madero se consideraba la forma más baja de ejecución posible. Y El ahora ya "se sentó a la diestra del trono de Dios. Considerad a aquel que sufrió tal con-

tradicción de pecadores contra sí mismo, para que vuestro ánimo no se cansé hasta desmayar".

Ahora bien, nosotros podríamos preguntarnos, "¿Cómo puede haber un Dios que permita estas cosas?" Sí, ¿cómo es posible? La explicación es que Dios está controlando todas las cosas. Y El efectivamente permite que ocurra aquello que ulteriormente habrá de ser de mayor beneficio para la humanidad. Y si El dice que usted tiene que resistir, El le proporcionará la fe para hacerlo.

La fe es lo que nos permite sobrellevar la tentación. El propósito fundamental de la fe es mantener nuestra mente fija en Dios y en sus promesas y resistir y hacer todo lo que Dios nos pide. □

## INTERCAMBIO DE CORRESPONDENCIA

Soy soltera, mexicana; atiendo a la Universidad de Texas. Me gustaría conocer a un miembro de la Iglesia de Dios, entre 40 y 55 años de edad, soltero, que aprecie la naturaleza y le guste el estudio. Francisca Rodríguez ■ 118 ½ E. Euclid ■ San Antonio, Texas 78212 ■ EE.UU.